

Prólogo

Aprender del pasado, aportar al futuro

Por Felipe González

Siempre me ha interesado mucho más el futuro que el pasado. Por eso me he negado, y me sigo negando, a escribir mis memorias. Sin embargo, cuando mi hija María y Jose María Maravall me propusieron poner en marcha la Fundación para poner a disposición mi archivo, no pude negarme. Muchos siguen viendo en esto una contradicción cuando, en mi opinión, son cuestiones sustancialmente distintas. No tiene nada que ver –ni en intención ni en utilidad– revisar el pasado desde el presente con posibilitar el acceso al pasado y utilizarlo como herramienta de futuro. Esto es precisamente lo que constituye la base fundamental de la misión de la Fundación y lo que creo que tiene interés.

Pensaba en esto mismo cuando en 2017 me entregaban en Grecia, en un teatro antiguo, el premio a la Democracia de la Ciudad de Atenas y, junto a él, me regalaban las obras completas de Aristóteles. Los templos están hechos de piedras que el tiempo desgasta; las palabras, en cambio, llegan intactas y pueden ser reinterpretadas una y otra vez. Cuidar la palabra en el sentido más amplio es lo que de verdad podemos aportar a nuestro futuro y es, precisamente, lo que pretendemos con el Archivo de la Fundación.

Fruto de este empeño es el libro que el lector tiene en sus manos y que nos invita a reflexionar –también a mí– sobre la comunicación política y sobre la implicación de la ciudadanía en los asuntos públicos. Creo que es interesante y necesario que cualquier ciudadano pueda conocer cómo funcionaba una comunicación que hoy empieza a desaparecer: la comunicación política epistolar. Es interesante conocer cómo era el intercambio epistolar con otros mandatarios, cómo nos comunicábamos en la era de las máquinas de escribir y los teléfonos fijos, y también cómo era la gestión de las cartas de los ciudadanos que a lo largo de tantos años recibimos en la Secretaría General del PSOE y durante los años de gobierno.

Parece claro que publicar un tuit en la red no es lo mismo que escribir una carta, ya sea en el contexto de establecer una relación con el ciudadano o con otros responsables políticos. La carta escrita posibilita una comunicación más sosegada, permite generar un estado de confianza, algo que siempre me ha parecido relevante en la relación con los líderes políticos. La confianza es, de hecho, lo que premia la posibilidad de llegar a soluciones acordadas, la que favorece que se diluya gran parte de la permanente lucha de poder propia del intercambio de posiciones políticas. En el caso de líderes como Mijaíl Gorbachov, George Bush, Helmut Kohl o Willy Brandt, esa misma confianza epistolar se trasladaba al terreno de la comunicación humana, bien fuera por razón de nuestra preocupación compartida por los proyectos políticos, o bien por su carácter y personalidad. Era imposible que, por ejemplo, Kohl no preguntara por tus padres y que Gorbachov, un hombre próximo y familiar, no se sintiera más cómodo en el trato personal que cuando se hablaba puramente de política y de poder.

Del mismo modo, las cartas de los ciudadanos me permitían establecer un nivel de intimidad distinto, mucho más intenso que a través de los mítines. Durante la primera época, lo que predominaba en las cartas era la espontaneidad derivada de la esperanza, de que algo había cambiado, nos permitían percibir que la gente estaba comprometida con esa corriente de cambio. Después, reci-

bimos cartas de aliento, de enfado y otras muchas que recogían propuestas de gobierno, a veces arbitristas pero tremendamente imaginativas.

Cuando llegué a Moncloa y por fin tuve un equipo formado para trabajar, decidimos poner en marcha la *línea caliente*, un servicio de atención ciudadana que permitía la comunicación directa con el gabinete del presidente, ofreciendo la posibilidad de que los ciudadanos pudieran dirigirse al presidente del gobierno y mostrarle sus preocupaciones. El equipo que recibía las cartas cotidianamente hacía una preselección sobre los temas en los que la gente insistía, sobre las carencias, sobre servicios sanitarios o educación. La evaluación de estas cartas posibilitaba detectar fallos en el funcionamiento de los servicios con antelación a la llegada de los indicadores que provenían de los servicios estadísticos oficiales, que casi siempre llegaban más tarde. Las cartas nos permitían seguir el pulso ciudadano, me servían de alerta directa para algo fundamental en política: hacerse cargo del estado de ánimo de un país.

Sin embargo, en este contexto de transformaciones tecnológicas en que hoy vivimos, lo que no termino de tener claro es si el cambio del mundo digital actual es como el que yo percibía respecto a los que me precedieron; es decir, si es un cambio de magnitud o es un cambio de latitud y más sustancial, si lo que está aconteciendo es un cambio civilizatorio definido por la revolución de la comunicación entre los seres humanos. La pérdida de las barreras del espacio y el tiempo es, desde luego, positiva, pero la obligación que nos hemos impuesto de simplificar el lenguaje para que el contenido de lo que comunicamos sea más impactante que reflexivo, produce, creo, efectos negativos.

Una carta compromete más que un mensaje de texto, más que un tuit o incluso que un correo electrónico. Parece que la carta reposa y analiza, y que genera esa corriente de confianza que facilita enfren-
tar cuestiones complejas, también en política. Quizá la comunicación

analógica posibilita, de un modo más amplio, la explicación y que la comunicación digital, en cambio, lo hace transmitiendo solamente una posición.

También tengo la sensación de que antes, en el mundo analógico, era todo más fácil, más comprensible y natural de lo que hoy es la comunicación digital. Seguramente los códigos epistolares heredados del pasado nos hacían ser también más previsibles. En cambio, la fugacidad y la instantaneidad hacen que la imprevisibilidad aumente la sensación de volatilidad, y que todos ellos sean elementos propios de este nuevo tipo de comunicación. En este sentido, dado el enorme volumen de información disponible a través de las redes, debería ser menos cierto que nunca que «la información es poder». Sin embargo, y aunque parezca contradictorio, si aquel principio del mundo analógico se ha revelado como incierto es porque hoy sabemos que sólo cuando la información es analizada, cuando es calificada y orientada a un resultado positivo se convierte en valiosa.

Recuerdo haber admirado con asombro el aparente sosiego de épocas anteriores a mí, el sosiego de los líderes políticos que me precedieron. Recuerdo haber sentido envidia de Franklin Delano Roosevelt, que consiguió tomarse diez días de descanso para reflexionar sobre la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial. O aquella vez que con Helmut Kohl visité en Bonn el despacho de Adenauer, al que habían pedido que se hiciera cargo de la Cancillería alemana después de la devastación de esa misma guerra. Cuando entramos, pudimos ver que el despacho estaba tal y como lo había dejado. Un libro de lectura sobre la mesa, uno o dos expedientes, y nada más. Al fondo, a tres metros, en la pared, había un teléfono de baquelita. En medio de la quietud nos imaginábamos a Adenauer, sentado en su despacho, esperando una o dos llamadas en el día, levantándose y desplazándose hasta aquel mismo teléfono. No hace tanto tiempo de todo aquello pero, desde luego, los tiempos han cambiado.

Creo que el mundo no es hoy más gobernable que antes. Y creo que esta evolución, esta revolución que han propiciado las tecnologías de la información, retornará a un ciclo que volverá a hacernos

pensar que la tarea de gobernar necesita profundidad y reflexión. Vivimos en el mundo de la fragmentación, cambian las relaciones de comunicación, todo se transforma.

Todo salvo la condición humana, la única que permanece. Atenderla, y entenderla, sigue siendo, como siempre, la gran tarea y el gran interrogante. Poner a disposición estas cartas, ponerlas en valor a través de las voces de estos autores, devolverlas a los ciudadanos, nos puede ayudar a esbozar alguna respuesta.

La memoria es uno de los ejercicios de futuro más importantes que podemos hacer como sociedad. Y como decía al principio, es el futuro lo que me sigue apasionando.